

LOS RETOS SOCIALES ANTE LA DISCAPACIDAD

“Quiero volver de Erasmus”

El viaje a Polonia de un estudiante de FP con parálisis cerebral



Cristhofer Torres, alumno de diseño gráfico de Formación Profesional, antes de subir al avión para ir de Erasmus a Polonia (MARC GRIFUL)

CARINA FARRERAS, BARCELONA

19/01/2020 00:00 | Actualizado a 19/01/2020 09:55

“Marc, no quiero volver”. Empezamos la historia desvelando el final. Unos días antes del pasado mes de agosto el estudiante Cristhofer Torres tecleaba en su móvil esta frase, sentado sobre la cama de su habitación, en la residencia universitaria de Zielona Gora (Polonia). El tiempo de Erasmus se acababa y este alumno de diseño gráfico de la Escola del Treball de Barcelona debía empezar a preparar las maletas. Le dio al botón de enviar con la esperanza, lejana pero real, de que su psicólogo, al recibir el mensaje, se movilizara para prolongar su estancia en el pequeño pueblo polaco.

Marc Griful sonrió. Es su tutor en el Servei Educatiu Específic de Pont de Dragó, del Ayuntamiento de Barcelona, que apoya a chavales como Cristhofer, escolarizado en un centro ordinario, a ganar una autonomía dificultada por sus problemas de movilidad. Compartió el *mensaje-triunfo* con el director de la Escola del Treball, José Luis Durán, que a su vez lo transmitió a su equipo (Rosa Parella, Isabel Español, Albert Peiró, Manuel Fernández...) cuyo esfuerzo hizo posible que Cristhofer obtuviera una beca Erasmus+ y viviera una experiencia internacional única y especial.



Cristhofer estudia diseño gráfico en la Escola de Treball de Barcelona, situada en el antiguo recinto de la Escola Industrial (MARC GRIFUL)

Unos cuatro millones de estudiantes europeos se desplazan cada año a universidades, centros de formación o trabajo de otros países para seguir sus estudios o realizar prácticas con los programas Erasmus+. De éstos, unos 650.000 jóvenes cursan Formación Profesional (FP). La agencia estatal que gestiona los fondos europeos, Sepie (Servicio Español para la Internacionalización de la Educación), reserva unas plazas para aquellos proyectos con alumnos con necesidades especiales y riesgo de exclusión social, aumentando la dotación de recursos.

Primeras sensaciones

“Me dio miedo cuando me quedé solo y no dejaba de chatear con Barcelona”

La Escola del Treball, que el curso pasado firmó convenios para una cuarentena de plazas, consiguió cuatro para personas con discapacidad. Tres en proyectos vinculados con jóvenes con déficit auditivo (la escuela es un centro de referencia en Catalunya para sordos) y uno, de diversidad funcional.

“Cuando planteamos a los estudiantes con algún tipo de discapacidad, física o psíquica, si querían acogerse a un programa de movilidad internacional nos vimos abrumados por la respuesta: casi todos levantaron la mano”, explica el director.

El equipo docente reflexionó sobre esa respuesta y concluyó que en un futuro había que dar la oportunidad de salir a todos los alumnos, sin distinción, para que todos tengan la oportunidad de vivir esta experiencia y ganar en empleabilidad. El curso pasado probaron con una plaza. Y mimaron la ejecución de principio a final.



AMPLIAR

Marc Griful y Cristhofer, se intercambian los asientos y se fotografían en el paseo principal del pueblo polaco, junto a la escultura del pintor Klemens Felchnerowski (MARC GRIFUL)

El candidato elegido fue Cristhofer, 23 años, alumno de 2º curso de grado medio de FP en diseño gráfico, movilidad funcional reducida, motivado y un gran deseo de abrirse al mundo. No había salido de España, a excepción de una visita a Hamburgo, cuando era niño. Caminaba lentamente,

pero se desplazaba mejor en silla de ruedas. Y la dificultad en el habla se suplía con sus deseos de comunicarse.

Trabajo y voluntariado

“Yo ayudaba a los deportistas que venían de todas partes del mundo”

Su candidatura era un desafío para el equipo de Durán. Se buscó un convenio con un ciudad pequeña, donde todo lo importante, como el centro de trabajo y los lugares de ocio, tuviera distancias humanas, y ofreciera, también, transporte y alojamiento adaptado. Al mismo tiempo, había que encontrar un centro adecuado a sus prácticas.

La Universidad de Zielona Gora resultó ser perfecta. La localidad, situada entre el río Oder y la frontera alemana, cuenta con una población de 100.000 habitantes. es una antigua ciudad, alemana en sus orígenes, de calles adoquinadas y casas alegres con fachadas de color pastel. El campus alberga en invierno a 23.000 estudiantes.



La empresa de diseño gráfico de la Universidad Zielona Gora le encargó participar en el diseño de carteles de los Juegos Paralímpicos celebrados en la ciudad (MARC GRIFUL)

Para terminar de cuadrar el círculo, el verano pasado se celebraban unos juegos paraolímpicos en el campus y la copistería necesitaba personal. El convenio se firmó por dos meses. La beca del Sepie, que se calcula en función de la distancia y el nivel de renta del país de destino, fue de 2.091 al mes.

Un susto superado

“¿Cómo llamo al médico si yo no hablo polaco?”

Cristhofer llegó a principios de junio acompañado de su psicólogo. Juntos exploraron el campus, recorrieron la ciudad, los lugares de interés y las cafeterías. Hasta que al quinto día el estudiante despidió al último adulto de referencia de su país. Y se quedó solo.

Director de la escuela

“Me gustaría que otros centros se animaran con nuestro ejemplo”

“Me dio un poco de miedo sentirme solo”, reconoce. “Al principio, escribía al grupo de WhatsApp por cualquier cosa que me pasaba. No a mis padres, a los que costó un poco convencer de mi viaje y estaban muy pendientes de mí, pero yo prefería no preocuparlos con mis problemas”.

En cambio, al finalizar su estancia, las últimas semanas, los profesores coincidían en sus mensajes: “¡Cristhofer da señales de vida!...”.



Cristhofer posa en la piscina en la que competían los atletas de los juegos paralímpicos en los que participó de voluntario (MARC GRIFUL)

Los días pasaron volando. Por las mañanas, cooperaba en el diseño de carteles de la competición deportiva. Almorzaba en el comedor de estudiantes. La cocinera, sabedora de que su falta de movilidad le impedía sostener un plato o cortar con cuchillo y tenedor, troceaba los *pierogis* (pasta rellena) y se los llevaba a la mesa.

Por la tarde, se ocupaba de los deportistas en la piscina, la pista de atletismo, la de hípica... “Venían de todas partes del mundo, era increíble cómo lo hacían. A mí me encantaba ayudarles y poner las puntuaciones”. Disfrutaba también viendo su propio trabajo visible a ojos de los demás.

Después, algunas noches, salía a divertirse.

Programa exitoso

Las becas Erasmus mueven 650.000 estudiantes de FP cada año

Este ritmo, más intenso que el habitual, junto al traqueteo del bus (con plataforma) y la irregularidad de los adoquines del suelo acabaron pasándole factura. Tuvo un dolor. “Que te vea un médico”, aconsejaron desde Barcelona. “¿Cómo llamo al médico por teléfono si no sé polaco?”, respondió asustado.

Los habitantes de Zielona Gora hablan, además de polaco, alemán y ruso. Pero no castellano ni tampoco inglés. Esta eventualidad ya estaba prevista y en el móvil de Cristhofer tenía una aplicación de traducción simultánea. “Nie mowie polsku...”. Pero el teléfono era otra cosa.

“Nosotros, aquí, sufríamos”, recuerda el director de la escuela. “Cuando envías a chavales al extranjero siempre se producen percances inesperados, ya cuentas con ello, pero en el caso de Cristhofer reconozco que todos conteníamos la respiración”. El joven puso a prueba sus competencias sociales y resolvió la visita al médico de forma efectiva. Siguió el tratamiento recomendado. Susto superado. “A mi madre no le contaba nada y eso que hablaba con ella cada día, se lo explicaba a toro pasado, para que estuviera tranquila”.

Cuántía de la beca

El Sepie abonó unos 2.900 euros al mes para la estancia de Cristhofer en Polonia

Llegó la última semana después de dos meses. “Marc, no quiero volver”, tecléo. Resultó que la adaptación más difícil no fue en Polonia sino en su lugar de residencia. “Soy el único hijo que mis padres tienen en casa (la familia es de Ecuador). Me cuidan y, por mi situación, me sobreprotegen. Yo ya no quería eso”. Luego llegó septiembre y empezó el grado superior de diseño. Su siguiente meta es encontrar trabajo, independizarse. Pero, antes, repetir un Erasmus.

El equipo de apoyo en tierra de este vuelo metafórico fue una de las claves del éxito del Erasmus. “Hemos aprendido mucho con esta experiencia”, indica Durán. “La preparación y la gestión exigen un enorme esfuerzo, mayor si es la primera vez, y no está remunerado –los profesores implicados tienen una hora de reducción lectiva”.

Mucho papeleo, solicitud de proyectos, contactos en varios países, seguimiento, resolución de problemas, rendimiento del trabajo... y todo eso es voluntario. “Pero merece mucho la pena, no pensamos en que los alumnos con más dificultades y menos recursos deben poder ir también

fuera. Me gustaría que otros centros se animaran. Mis puertas están abiertas para los docentes interesados”